

Tengo tres hijos, dos nietas, amigos estupendos, disfruto con mi casa que adoro, me gusta mucho leer, me gusta mucho andar y aquí, en El Escorial, tengo unos sitios para andar que son maravillosos. Me puedo ir ahí enfrente, entrar en la iglesia y quedarme media hora meditando. Lo que adoro, es simplemente la vida. También estoy preparándome para la muerte y para la vejez. Se tiene que empezar a los sesenta años. Ahora me voy a preparar para vivir los que me toque. Y voy a vivir como yo quiera, cada vez mejor en todo. Yo soy una mujer muy espiritual, lo he sido siempre, muy educada naturalmente en los principios de la Iglesia. Luego muchos hombres de la Iglesia me han desencantado. Me han desencantado mucho el poder, el dinero de la Iglesia, la mentira de la Iglesia, con lo cual mi relación es muy directa con Dios, con un Dios que puedo decir que para mí puede ser Buda o cualquier otro. Dios no tiene religión. Con mi Dios puedo ir a la China, entro en un templo chino y me pongo de rodillas, y voy a la mezquita azul de Estambul, me doblo por la mitad y estoy rezando, porque tengo una vida espiritual que me llena completamente. Digo que me veo el alma cuando cierro los ojos: es como una media luna, blanca pero transparente como la niebla. ¡No creas que estoy loca! Entre mi corazón y mi garganta, una media luna... Estoy muy interiorizada, a mi manera, una mujer que ha vivido mucho muy cerca de la Iglesia. Fui monja cuando era muy joven porque quería ser la sierva de Dios, la amante de Dios, como santa Teresa. Y sigo viviendo un poco esa vida, entre Jesucristo y Buda.

—*El cristianismo es demasiada pasional, tal vez. El judaísmo es el árbol central de nuestras tradiciones...*

—De allí venimos. Jesucristo era judío. Todo nos vino de Oriente. Cuando entro en una mezquita, me siento como ellos, estoy mirando a la Meca. Me siento cercana de todos los creyentes. Yo creo en todo y no creo en nada. Pero prefiero creer en todo. Por ejemplo: mi oración, aparte, claro, del «Padre nuestro», que es lo que he aprendido desde pequeña —y que me parece una oración maravillosa—, es decir: «Señor, no me quites la fe...» Yo quiero tener fe, y quiero seguir creyendo en los hombres, pero me han hecho a veces dejar de creer en ellos: la maldad, el egoísmo, la falsedad sobre todo. Así es mi oración, en una iglesia o donde sea... Quiero vivir con fe y quiero morir con fe, y que mis cenizas las tiren allí, al Jardín de los Frailes, al lado de un almendro. Me gustaría que me incinerasen, como a los hindúes, quiero desapare-

cer. Igual que he llegado a este mundo, sin meter ruido, me quiero ir sin hacer ruido.

—*Con mucha música en medio... Yo creo que la música da una visión de la vida, nos ofrece el sentido de lo fundamental...*

—De la vida y de la muerte. La música incluye todo el pensamiento, todo el sentir. En España, en todos los países latinos, la muerte es algo horroroso para la gente. Yo veo la muerte como una liberación. Veremos lo que viene. Pero me quiero preparar para la muerte, quiero morir tranquila, sabiendo que he cumplido un deber, sabiendo que he sido buena con los míos, con los demás, y sabiendo que he dado todo lo que tenía que dar.

—*«Si no hubiésemos tenido alma, nos la habría creado la música» dice Cioran.*

—¡Qué maravilla! Yo no lo he dicho, pero digo siempre que la música sin alma no existe. ¿Qué haces tocando lo que ha escrito un gran compositor, si no está tu alma, tu espíritu dentro, o tus entrañas?

—*¿Cómo ve el porvenir de la música auténtica?*

—En este momento se justificaría un gran cambio de la misma vida. Estamos viviendo un momento de sequía, como si estuviéramos en un desierto. Se hacen muchos teatros nuevos, canta mucha gente, es toda cantidad, pero nos falta la calidad. Nunca se hace un teatro y se invita a un cantante para que diga cómo tiene que sonar este teatro. Van los políticos, que nada saben de la materia, y los arquitectos, que a veces tampoco saben nada. Nadie piensa que el alma del teatro es el artista. Hay muchas buenas voces jóvenes. Debutan, se emplean en repertorios equivocados, cantan mucho y a los diez años desaparecen.

—*¿Cómo admira a Elisabeth Schwarzkopf?*

—Yo tuve un gran problema con ella, cuando empecé a cantar. Estaba en el conservatorio, la adoraba, era uno de mis ídolos, junto con Victoria de los Ángeles y María Callas. Cuando Schwarzkopf vino a cantar a Madrid, me fui a oírla y le pedí que me oyese. Ella me dijo



que no hiciera carrera, que era muy complicado, y que mi voz iba a ser difícil, que tendría que trabajar mucho. En cierto modo, me ayudó poniéndome la barrera tan alta. Me planteó un desafío. A partir de entonces, me dediqué a estudiar y estudiar, y tres años más tarde canté con ella en Londres, dirigidas por Carlo Maria Giulini en *Las bodas de Fígaro*. Ella hacía la Condesa, yo Cherubino, y ¡el éxito fué mío! Increíble... Pero ¡cómo cantaba esta mujer!, con una voz nada extraordinaria de color ni de volumen, pero cantaba como una diosa. Yo todavía cuando la oigo cantar las canciones de Wolf, o la Mariscala en *El caballero de la rosa* de Strauss, la sigo como una admiradora, aunque ella nunca lo supo. En Londres, yo estaba embarazada. Llegué al Royal Festival Hall. En París, Balenciaga me había hecho un vestido muy bonito, con volúmenes un poco goyescos para disimular mi vientre, y hacía frío. Schwarzkopf iba con estas gasas que llevaba siempre, y un abrigo de armiño. Yo dije: «Tengo frío», y ella se quitó el armiño y me lo ofreció. En este momento se me olvidó todo lo de nuestro primer encuentro y salí a cantar con la capa de Schwarzkopf. La vida de Elisabeth fue dura y rigurosa, de ahí su dureza y su rigor. Por ejemplo no sé si había conocido el amor apasionado de unos padres como los míos. Por eso, las pieles y el Rolls Royce a la entrada del Covent Garden, rodeada por las sonrisas de admiración que siguen a las divas. La gente es feliz en contacto con sus artistas queridos. La vida del artista debe ser un perpetuo gesto de agradecimiento.